

RESEÑA SOBRE DON JULIO STEVERLYNCK POR SU AMIGO Y CONFESOR PADRE SILVIO SCHRIJVER

Publicado en la revista El Telar en 1976

Cuando el Señor Jiménez me pidió “unas palabras”, como “una semblanza”, “algo sobre la persona” de “Don Julio”, tenía ya delante mío un respetable número de artículos publicados en el país y en el extranjero y una larga lista de grandes y muy importantes revistas industriales y culturales europeas que pedían mayores informes “sobre este hombre de acción, excepcionalmente honesto y fundamentalmente bueno” como lo califica el Dr. P. Staner, profesor de la Universidad de Lovaina y Secretario permanente de la Academia Real de Ciencias de Ultramar.

Sin embargo, a pesar de una amistad de 40 años, jamás interrumpida y transformada en un trato como de verdaderos hermanos; a pesar de la palabra de San Agustín que “sólo gracias a la amistad se puede conocer a alguien”, no me resulta fácil decir quién era de Don Julio.

Hombre difícil de enmarcar en nuestra sociedad moderna, ávida de dinero, de lujos y de exhibicionismos; figura en nuestro mundo actual un tanto “legendaria”.

No me cabe duda que mucho de lo que era Don Julio hay que buscarlo en el ambiente familiar que lo vio nacer y en que se formó su recia e incommovible personalidad, ambiente de sana austeridad, de gran espíritu de trabajo y de estudio, de excepcional formación del espíritu, de responsabilidad personal y social.

Hombre realizador como pocos, purificado en la escuela del sufrimiento y miseria que fue la guerra de 1914-1918 en la cual participó como voluntario cumplidos apenas los 18 años y que lo marcó para toda la vida, recordaba con amor, respeto y ternura a su padre y su madre y con profunda gratitud a sus maestros, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en cuyo colegio quedó consolidada la educación recibida en su hogar.

Su padre, industrial en el pueblo de Vichte, era un hombre popular, comprensivo y justo, jefe y amigo, emprendedor y luchador, católico hasta las últimas consecuencias en toda la vida.

Su madre era una mujer típicamente flamenca; fuerte, equilibrada y tierna, estupenda administradora de la casa, donde nada faltaba, pero tampoco nada se malgastaba, donde se vivía bien, pero sobriamente. En dos cartas que su hijo

Julio le enviara en los primeros días de la guerra, y encontrada en una libreta donde él apuntaba día a día sus impresiones y llevaba siempre consigo en su portafolio, se percibe claramente como ella le había sabido inculcar unos principios de vida cristiana y moral que serían las normas de su larga existencia.

De su padre heredó una inteligencia extraordinariamente rápida y penetrante, un espíritu de captación inmediata y como intuitiva de las personas y de las cosas. De su madre heredó la gran preocupación de su vida, la que llegaría a ser, muchas veces, en su examen de conciencia, al finalizar el año, una verdadera preocupación, para no decir un tormento: si había hecho toda la caridad que hubiera podido hacer.

Si se me pidiera condensar mi pensamiento acerca de Don Julio, persona, diría que era un hombre trabajador, que consideraba el trabajo como un deber y la creación como una misión, y que ese espíritu de trabajo y creación tenía sus raíces en un concepto profundo de la vida cristiana.

Posiblemente me traicionarán los lazos de amistad que me unían a Don Julio, al expresar personalmente lo que pienso de él y siento por él. Copio y hago alternar mis conceptos con algunos conceptos extraídos de una carta del Sr. Ignacio García Llorente, dirigida al hijo mayor Alois, amigo suyo personal:

“Mucho he sentido no haber podido acompañarlos en el entierro de su padre por haberme enterado al día siguiente del mismo. Quisiera haberos dado un abrazo uno por uno y deciros en silencio cuánto admiraba a vuestro padre. ¡Que recuerdo deja! ¡Qué hombre en el más cabal sentido de la palabra! ¿Que os puedo decir que no sea un pálido reflejo o que no os parezca ingenuo o poca cosa? Pero no importa, mi admiración fue siempre enorme por ese hombre sencillo y humano, y siempre que tuve oportunidad la he manifestado. Considero que Dios lo dotó de unas cualidades y virtudes extraordinarias y que habiendo recibido tantos de estos talentos, fue el siervo fiel que todos anhelan y desean ser. Así vi a Don Julio, fiel vasallo, leal caballero del Rey de Reyes y del Señor de los Señores. En él no era difícil ver esto, pues la gracia y la naturaleza rebalsaron en generosidad. Parecía que todos los logros no redundaban en su gloria, pues no se vanagloriaba de nada. Con ser un gran industrial, era un gran enamorado de la naturaleza, No era menor su afición al arte y la historia, y siempre que hablaba, lo hacía con autoridad y convencimiento.

“Todo esto, a mi entender, era pálido reflejo de su sentido sobrenatural de la vida y por consiguiente de su celo por el bien de las almas procurando para

ello ser el primero en la aplicación de la doctrina de la Iglesia en el trato con los obreros, simbolizando todo esto en el monumento a la encíclica Rerum Novarum y Quadragésimo Anno y realizando lo que a la vista está: Villa Flandria Sur, Villa Flandria Norte, las fundaciones de religiosos y religiosas, clubs, etc.

Continúa:

“No quiero pasar más adelante ni explayarme más y recordaros lo que tuvo que sufrir cuando murió vuestra madre, el sacrificio que Dios le pidió al llevársela en acto de caridad al prójimo. Parece que el Señor hubiera querido dejar en claro cómo y cuándo se quiso llevar a vuestra madre, demostrando que sus preferencias eran atender a los humildes y pobres. Con esto quiero recordaros lo que me pareció siempre de idealidad el matrimonio de vuestros padres, fiel trasunto de aquél que reflejaba la mujer fuerte del Evangelio. En lo interior estaba la razón de la vida de vuestros padres: colmados de dones por el Señor, y fieles a sí mismos, cuán lejos estaban de lo frívolo y lo mundano.

La razón en la fe, en la vida interior, en el reclinatorio de su habitación, en la capilla de la Estancia. No quiero cansaros, pero por mí seguiría escribiendo lo que me fuera dictando mi admiración y los recuerdos que de él guardo. Tantas cosas llenas de vida y poesía que él gobernaba con su señorío innato, tantas cosas que desconozco, muchísimas más que quedaran en vuestro recuerdo por lo que habréis llegado a comprender en toda su hondura aquello que dice la Escritura: “La gloria de los hijos: sus padres”.

Pero algo debo añadir a esos hermosos conceptos. Don Julio, que el domingo 30 de noviembre recorrió por última vez las calles del pueblo construido por él, rodeado de sus hijos y de una inmersa multitud que lo seguía acongojada y preocupada hasta su última morada, se llevó consigo un proyecto acariciado desde hace muchísimo tiempo y la pena grande de no haberlo podido realizar.

El levantó fábricas, alrededor de las cuales las villas Flandria Sur y Norte y se extendió notablemente el simpático pueblo de Cortines. Dotó a Flandria Sur de un Campo Santo, una de sus obras predilectas porque constituía —según él— una base importante de la formación del sentido comunitario de la población.

Levantó escuelas, centros sociales, culturales y deportivos, pero, a su entender, todo ello alcanzaría tan sólo a la estatura espiritual con la cual soñaba, si esos centros estuvieran, directa o indirectamente, bajo la dirección de una Congregación

religiosa, especializada en la formación espiritual, moral y técnica del núcleo humano que configura estos tres pueblos.

Su sueño era levantar una iglesia parroquial central entre Flandria Sur y Flandria Norte; mantener la actual iglesia parroquial al lado de la Estación como anexo al Colegio San Luis; todo ello atendido por religiosos salesianos; construir una escuela en el terreno donde está actualmente la capilla de Flandria Norte con su respectiva iglesia, atendido por las Hermanas de María Auxiliadora, que también deseaba llevar a Cortines.

Motivos, enteramente ajenos a su voluntad, no le permitieron la realización de ese proyecto por él soñado.

Consiguió después que vinieran los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sus antiguos maestros; vinieron también las Hermanas Azules, a cuya Congregación pertenece una de sus hijas; más tarde donó el terreno y edificio donde actualmente habitan las Hermanas Franciscanas Hijas de la Misericordia para su casa de Noviciado y con la esperanza que ahí surgiera después un centro de formación para el Pueblo de Cortines.

Siempre me dijo: hice lo que pude pero no pude hacer lo que quise.

Hace pocos años – yo era capellán de las Hermanas de Cortines – me preguntó si no sería una idea donar el terreno donde funcionaba la quinta Vermeulen a unas religiosas contemplativas para que con su oración y penitencia obtuvieron lo que él no había podido conseguir con la acción.

Don Julio se fue. Sus obras quedan.

Don Julio fue un hombre recto. Recto en su vida privada y pública. No admitía en este punto ninguna claudicación. Su mujer dejó un día sobre el velador de su pieza un papelito en el cual decía: “No sabrás nunca cuanto te amo y cuanto te admiro. Y si me pusiera a analizar a que se debe todo este montón de sentimientos que han llevado a formar parte de mi ser y de mi vida, diría que es por tu rectitud. Nunca hubiera podido amar y convivir con un hombre que no fuese recto. Que Dios te ayude a seguir siendo siempre así”.

El hombre que se afincó en esta tierra y, provocando la sonrisa y alguna vez la broma burlesca de más de un empresario connacional, se radicó aquí junto al Río Luján, dando vida nueva y transformando la fisonomía de toda una región; el hombre que hubiera podido amasar una fortuna personal respetable y asegurarla

fuera del país, no tenía un solo peso ni un solo dólar colocado en el extranjero. Todo lo que entraba salía en ampliaciones de la fábrica existente o en construcciones de nuevos establecimientos. Y recuerdo, como si fuera ayer, que un día Don Julio me refería que alguien le había querido obligar a entrar en negocios que él estimaba turbios y que su respuesta fue breve: “Yo no soy solamente un industrial, tengo también una misión moral y si me obliga a esto, ahí está la fábrica a su disposición y me marchó a otro país a recomenzar”

Era un hombre modesto

Cuando no estaba muy obligado viajaba dos veces por semana en tren a Buenos Aires y solamente cuando este medio de locomoción comenzaba a perder regularidad en el horario, se vio obligado a adquirirse un auto para hacer estos viajes, porque iba con las horas contadas. El clásico “Jeep” de Don Julio con el cual se manejaba de un lado a otro de sus fábricas, no era precisamente un auto que llamaba la atención si no por lo viejo y gastado, hasta que el punto que un día una viejita que iba caminando bajo la lluvia de Flandria Norte a Cortines para haber perdido el colectivo, ésta al bajarse, le dio el importe del boleto y negándose él a recibirlo le dijo ella: “No, no, Señor, acéptelo, porque por lo visto a Ud. tampoco le sobran las cosas”.

Huía de toda ostentación

No creo que, exceptuando la visita de los Reyes de Bélgica, que permanecieron todo el día en Santa Elena, su nombre haya ocupado mucho lugar en la crónica, llamada “Vida social”. Aunque era Doctor Honoris Causa de Ciencias Económicas de la Universidad de Laval, más de una vez el Embajador de su país tuvo que hacer el viaje a Villa Flandria para entregarle alguna condecoración que, en caso contrario, hubiera permanecido sepultada para siempre en los Archivos de la Embajada. Tenía la convicción que no había hecho más que cumplir con su deber: Trabajar y crear, y que el trabajo honesto y tesonero daba de por sí lo que debe dar y que todo lo demás no lo merecía. Era un hombre, más que modesto, realmente humilde en el sentido cristiano de la palabra.

Era un hombre de profunda fe cristiana

En los primeros días de la guerra mundial escribía a su madre: “Madre, la he visto muy preocupada cuando partimos para la guerra, no se preocupe, yo volveré igual, sin cambio, cristiano, como Ud. me ha enseñado.”.

Y su diario de los 4 años de la guerra, apunta todos los domingos la iglesia y capilla o campamento donde asistió a la celebración eucarística. “Fui a misa en ... y me acerqué a la sagrada mesa”.

En su casa se rezaba siempre antes y después de las comidas, estuvieran de visita quienes fueran; jamás salía de casa sin pedir la bendición de su mujer y dar la misma a ella, y de noche se reunían en el living, después de la comida para hacer la oración.

Quince días antes de morir, cuando le pedí que me hiciera unos banquitos chicos para los ayudantes de misa de Cortines, me dijo: “Tienes tu un reclinatorio en tu pieza?”. Al contestarle que no, me dijo: “Te lo voy a mandar hacer, es lindo tenerlo y arrodillarse en él ante de acostarse”.

Así veo a Don Julio, sano de cuerdo y alma, trabajador, creador, singularmente capaz y perspicaz, sencillo, recto, bondadoso y caritativo. Y siempre - de rodillas ante Dios.

A sus hijos dejó el consejo: “Nunca se arrepientan de ser generosos”.

A Silvio de Schrijver, o. f. m.

REVIEW OF DON JULIO STEVERLYNCK BY HIS FRIEND AND CONFESSOR, FATHER SILVIO SCHRIJVER

Published in the magazine El Telar, 1976

When Mr. Jiménez asked me for “a few words,” “a portrait,” “something about the person” of “Don Julio,” I already had before me a respectable number of articles published in Argentina and abroad, and a long list of major and very important European industrial and cultural journals requesting further information about “this man of action, exceptionally honest and fundamentally good,” as described by Dr. P. Staner, professor at the University of Louvain and permanent secretary of the Royal Academy of Overseas Sciences.

Yet, despite a 40-year friendship, never interrupted and turned into a relationship like that of true brothers; despite the words of Saint Augustine, that “only through friendship can one truly know someone,” it is not easy for me to say who Don Julio was.

He was a man difficult to fit within our modern society, eager for money, luxury, and display; in today's world, he appears as a somewhat "legendary" figure.

There is no doubt in my mind that much of who Don Julio was must be sought in the family environment in which he was born and where his strong and unshakable character was formed—an environment of healthy austerity, great dedication to work and study, exceptional spiritual formation, and a sense of personal and social responsibility.

A man of action like few others, refined in the school of suffering and misery that was the 1914–1918 war, in which he volunteered scarcely after turning 18 and which marked him for life, he remembered with love, respect and tenderness his father and mother, and with deep gratitude his teachers, the Brothers of the Christian Schools, in whose college the education received at home was consolidated.

His father, an industrialist in the town of Vichte, was a popular, fair and understanding man—chief and friend—entrepreneurial and determined, a Catholic to the last consequences in all aspects of life.

His mother was a typically Flemish lady: strong, balanced and tender, an excellent administrator of the household, where nothing was lacking, but nothing was wasted; where people lived well, but soberly. In two letters that her son Julio wrote to her in the first days of the war—letters found in a notebook where he recorded his daily impressions and which he always carried in his briefcase—one clearly perceives how she had instilled in him the principles of Christian and moral life that would guide his long existence.

From his father he inherited an extraordinarily quick and penetrating intelligence, an immediate and almost intuitive grasp of people and situations. From his mother he inherited the great concern of his life, which often, in his annual examination of conscience, became a true worry—if not a torment: whether he had carried out all the charity he could have done.

If I were asked to condense my thoughts about Don Julio as a person, I would say he was a hardworking man, who regarded work as a duty and creation as a mission—and that this spirit of work and creation had its roots in a deep concept of Christian life.

Perhaps the bonds of friendship that united me to Don Julio will betray me as I express my personal thoughts and feelings about him. I will alternate my own

reflections with passages from a letter written by Mr. Ignacio García Llorente to his eldest son, Alois, his personal friend:

“I deeply regretted not being able to accompany you at the burial of your father, since I learned of it the next day. I would have liked to embrace each of you and silently tell you how much I admired your father. What a memory he leaves! What a man in the fullest sense of the word! What can I say that is not a pale reflection, or seems naïve or insufficient? But it does not matter—my admiration was always immense for that simple and human man, and whenever I had the chance, I made it known.

I believe that God endowed him with extraordinary qualities and virtues, and having received so many of these talents, he was the faithful servant that everyone longs and hopes to be. That is how I saw Don Julio—faithful vassal, loyal knight of the King of Kings and Lord of Lords. In him, it was not hard to see this, for grace and nature overflowed in generosity. It seemed that all achievements did not fall back on his own glory, for he boasted of nothing.

Although he was a great industrialist, he was a great lover of nature. His interest in art and history was no less, and whenever he spoke, he did so with authority and conviction.

All this, in my understanding, was a faint reflection of his supernatural sense of life, and consequently, of his zeal for the good of souls, striving always to be the first to apply the doctrine of the Church in dealing with workers, symbolized in the monument to the encyclicals *Rerum Novarum* and *Quadragesimo Anno*, and realized in what everyone can see: Villa Flandria Sur, Villa Flandria Norte, the foundations of religious communities, clubs, etc.”

He continues:

“I do not want to go further without recalling what he had to suffer when your mother died—the sacrifice that God asked of him by taking her while she was performing an act of charity for her neighbor. It seems that the Lord wished to make clear how and when He wanted to take your mother, showing that her preference was always to care for the humble and the poor.

Let me also recall the ideal character of your parents’ marriage, faithful mirror of that described in the Gospel’s ‘strong woman’. The interior life

was the reason for their existence: filled with gifts from the Lord and faithful to themselves, how far they were from the frivolous and the worldly. Their reason was in faith, in the interior life, at the kneeler in their room, in the chapel of the Estancia.

I do not want to tire you, but I could go on writing all that my admiration and memory dictate. So many things full of life and poetry that he governed with his innate nobility; so many things I do not know, and many more that will remain in your memory, allowing you to fully understand the Scripture: “The glory of children are their parents.””

But I must add something to these beautiful words.

Don Julio, who on Sunday, November 30th, walked for the last time through the streets of the town he had built, surrounded by his children and an immense and sorrowful crowd that accompanied him to his final resting place, took with him a cherished project, held close to his heart for a long time, and the deep sorrow of not being able to fulfill it.

He built factories, around which the towns of Flandria Sur and Flandria Norte grew, and the pleasant town of Cortines expanded greatly. He provided Flandria Sur with a cemetery, one of his favorite works, because—according to him—it was an essential foundation for forming the community spirit of the population.

He built schools, social, cultural, and sports centers, but in his view, all of this would only reach the spiritual stature he dreamed of if those centers were, directly or indirectly, under the guidance of a religious congregation specialized in the spiritual, moral, and technical formation of the human nucleus that constituted those three towns.

His dream was to build a central parish church between Flandria Sur and Flandria Norte; to keep the current parish church next to the station as an annex to the San Luis School, all of it attended by Salesian priests; and to build a school on the land where the current chapel of Flandria Norte stands, with its respective church, attended by the Daughters of Mary Help of Christians, whom he also wished to bring to Cortines.

Reasons entirely beyond his will prevented him from carrying out this long-awaited project.

Later, he succeeded in bringing the Brothers of the Christian Schools, his former teachers; then came the Blue Sisters, to whose congregation one of his daughters belongs. Later still, I donated the land and building where the Franciscan Sisters, Daughters of Mercy, now reside for their novitiate, hoping a formation center would one day arise there for the people of Cortines.

He always told me: *"I did what I could, but I could not do what I wanted."*

A few years ago—when I was chaplain of the Sisters in Cortines—he asked if it would be a good idea to donate the land of the Vermeulen farm to contemplative nuns, so that, through their prayer and penance, they might obtain what he had not been able to achieve through action.

Don Julio is gone. His works remain.

Don Julio was an upright man. Upright in his private and public life. He tolerated no compromise on that point. One day his wife left a little note on his bedside table which said:

"You will never know how much I love you and how much I admire you. And if I had to analyze why such deep feelings have become part of my being and my life, I would say it is because of your rectitude. I could never have loved or lived with a man who was not upright. May God help you to remain always this way."

He was the man who settled permanently in this land and—provoking smiles and sometimes mockery from more than one local businessman—established himself here by the Luján River, giving new life and transforming the landscape of an entire region.

He was the man who could have amassed a respectable personal fortune and secured it outside the country, yet did not have a single peso or dollar abroad. Everything that came in went out again into factory expansion or the construction of new buildings and infrastructure.

And I remember—almost as if it were yesterday—that one-day Don Julio told me someone had tried to force him into business ventures he considered murky, and his reply was brief:

"I am not only an industrialist; I also have a moral mission. If you force me into this, there is the factory at your disposal, and I will leave for another country to start again."

He was a modest man.

When not strictly required, he traveled twice a week by train to Buenos Aires, and only when that transportation began to lose punctuality, he had to buy a car, because his schedule was too tight. His classic Jeep, which he drove from one of his factories to another, did not draw attention—except for being old and worn—until one day an elderly woman, whom he had picked up walking under the rain from Flandria Norte to Cortines after missing the bus, handed him the price of the fare as she got out. When he refused, she said:

“No, sir, keep it, because it seems you don’t have much to spare either.”

He fled from every form of ostentation.

Except for the visit of the Kings of Belgium—who spent the entire day at Santa Elena—I don’t believe his name ever appeared in the “society pages.” Although he was Doctor *Honoris Causa* in Economic Sciences from Laval University, more than once the Ambassador of his country had to travel to Villa Flandria to deliver some decoration which, otherwise, would have remained forever buried in the Embassy’s archives. He was convinced he had done nothing more than fulfill his duty: to work and to create—and that honest and persistent work yields what it must yield, and everything else was undeserved.

He was not only modest—but truly humble, in the Christian sense of the word.

He was a man of deep Christian faith.

In the first days of the war, he wrote to his mother:

“Mother, I saw how worried you were when we left for the war. Do not worry, I will return the same as I left—unchanged, Christian, as you taught me.”

And in his diary of the four years of war, he recorded every Sunday the church, chapel, or camp where he attended Mass:

“I went to Mass in ... and received communion.”

In his home, prayers were always said before and after meals, no matter who might be visiting. He never left the house without asking his wife’s blessing and giving her his own. At night, after dinner, they gathered in the living room to pray.

Fifteen days before his death, when I asked him to make a few small benches for the altar boys in Cortines, he asked:

“Do you have a kneeler in your room?”

When I answered no, he said:

“I will have one made for you. It is good to have one and kneel before going to bed.”

That is how I see Don Julio—sound in mind and soul, hardworking, creative, extraordinarily capable and insightful, simple, upright, kind, and charitable. And always—on his knees before God.

To his children he left this advice: “Never regret being generous.”

A. Silvio de Schrijver, O.F.M.